



MOSCÚ

La ciudad de las dos caras

V

ISITÉ Moscú en diciembre de 1991 y aún seguían en las calles las huellas del frustrado intento de golpe de Estado que acabó dando lapuntilla a más de 70 años de dictadura comunista: tranvías quemados y el gran cascarón de la Casa Blanca ennegrecido por el incendio. También los grandes almacenes de la Plaza Roja eran una cáscara vacía: el incendio de la ruina de la planificación centralizada había dejado las amplias estanterías vacías, polvo-rientas, aburridas de desamparo. Toda la ciudad respiraba la vieja tristeza de su largo sino de opresiones y violencias; pero, además, un aire de derrota, de sueños eclipsados, abrazaba a la gran urbe con la sucia persistencia del hielo y la embarrada nieve.

Me impresionaron particularmente los largos *pasillos* de silenciosos vendedores a las puertas de los mercados, ofertando sus magras pertenencias, dos botellas de champán de Crimea, unas silas muy usadas, prendas de vestir, pequeños muebles... Por aquellos días la temperatura rondaba los veinte grados bajo cero. El rublo se había desplomado desde su artificial cotización soviética y todo lo poco que se podía comprar en Moscú era extraordinariamente barato. Las latas de caviar las vendían bajo cuerda los camareros por cinco dólares y viejos iconos se cubrían de fina nieve en polvo en la calle Arbat.

Volví a Moscú en febrero del 2002 y luego otra vez en abril. Pocas grandes ciudades del mundo habrán sufrido en una década cambios tan radicales. Un gran anuncio de Coca-Cola cruza toda la ancha avenida

frente a la Casa Blanca, remodelada y rutilante, ahora sede del Gobierno. Está tapando la perspectiva de uno de los siete rascacielos de Stalin, situado a pocos metros. El tráfico es ahora un casi perenne embotellamiento. Los Mercedes 500 y los Audi 8 con los cristales tintados son más abundantes que en Berlín. Sólo el cielo sigue siendo persistentemente plomizo en febrero, aunque las temperaturas son bastantes menos extremas. Confieso que me gusta Moscú con sus calles blancas de nieve recién caída, me parece su verdadera alma grandiosa, amortiguada, un asomo doliente, con una dignidad desdeñosa, a veces extrañamente patética.

La gran arquitectura estaliniana está sirviendo de campo de experimentación a la más feróz especulación capitalista. Los privilegiados de la nomenklatura que habitaban



Texto y Fotos: Miguel Ormaetxea

los colosos soviéticos de los años 30 y 50 compraron sus viviendas por un precio simbólico y ahora cotizan a un precio medio de 1.500 euros el metro cuadrado. La especulación inmobiliaria se ha desatado en Moscú alentada por la nostalgia de los años victoriosos, las moles graníticas con sus formas de pirámide, mezcla de gótico y neoclásico, con su profusión de adornos, sus agujas al cielo, sus mármoles ciclópeos y sus techos de cinco metros.

Los *neue ruski*, jóvenes de 30 a 45 años, pagan al contado y la demanda no deja de crecer. El alcalde, el controvertido pero todopoderoso Yuri Lujkov, ha comenzado a construir un nuevo anillo, que esta vez estará jalonado por nada menos que unos 60 rascacielos. Los cuatro primeros ya están bastante avanzados.

Destaca la desmesura del

Triomphe Palace, cuyas ocho primeras plantas ya se elevan en el barrio Sokol, al Norte de la ciudad. Se venden allí 800 apartamentos de lujo, de unos 130 metros cuadrados, a un precio medio de 1.700 euros el metro. Y se los quitan de las manos. Un médico de un gran hospital o un profesor de universidad necesitaría trabajar al menos 450 años para pagarse uno de esos apartamentos.

Hay dos Moscú. El de los nuevos ricos, los oligarcas, los profesionales liberales, los mafiosos, etc., tienen a su disposición las grandes marcas de lujo, las mejores boutiques, flamantes hoteles remodelados, restaurantes sofisticados, sin importar que la capital rusa sea la cuarta ciudad más cara del mundo. En Moscú ya hay una clase media y alta que representa del 20% al 25% de sus 8,5 millones de habitantes.

En provincias el status burgués se adquiere con unos pocos centenares de euros al mes, la vida es mucho más barata, pero dicho nivel únicamente lo alcanza un escaso 10% de la población. El resto tiene que conformarse con un ingreso medio de 100 euros al mes, aunque unos 20 millones de rusos ingresan menos de 30 euros al mes.

En Moscú hay 500 clubs nocturnos y 80 casinos. También hay 50.000 muertos al año por borracheras y 40.000 niños abandonados en las calles. La esperanza de vida ha caído hasta los 59 años para los hombres. Las clínicas privadas con servicios de vanguardia son la última moda de Moscú. Tras un largo y cruel invierno, apenas una escualida primavera. ■